

**Secretaría Técnica del Frente Social
SIISE - Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador**

**Educación desigual:
mecanismo de transmisión intergeneracional de la pobreza**

Por Mauricio León Guzmán¹

Publicado en la Revista GESTION, No. 101, noviembre de 2002

El hindú Amartya Sen -premio Nobel de Economía 1998- retoma el pensamiento de Adam Smith para incorporar como elemento importante del desarrollo humano la facultad de participar en la comunidad sin avergonzarse. No poder hacerlo sería una característica relevante de la pobreza humana. Uno de los determinantes fundamentales para que la población pueda participar en la comunidad sin avergonzarse es la educación. Esta otorga saberes, aptitudes y autoconfianza para enfrentar distintas situaciones en la vida.

La diferencia en los logros educativos de una población es una de las causas estructurales de la pobreza y la desigualdad. La transmisión intergeneracional de la desigualdad depende de la posibilidad de los hogares de transferir sus activos a sus hijos. La desigualdad en la distribución del ingreso está relacionada con la desigualdad en la distribución de los activos -económicos, sociales, políticos, ambientales y de infraestructura. Como en los hogares pobres el principal activo es el capital humano, en ellos la transmisión intergeneracional de la desigualdad está estrechamente vinculada con la educación de los padres. Un bajo nivel educativo, en especial de la madre, actúa como mecanismo de transmisión de la desigualdad del ingreso. Los hijos cuyos padres cuentan con bajos niveles de educación enfrentan mayores probabilidades de tener bajos niveles de escolaridad y, por ende, de ocupar los tramos inferiores de la distribución del ingreso en el futuro. Este círculo perverso requiere ser removido garantizando que los niños alcancen al menos un nivel mínimo de educación de calidad y creando las condiciones para que posteriormente puedan continuar sus estudios. Es necesario enfatizar en la educación de las niñas, debido a que una mayor escolaridad femenina acarrea un conjunto de efectos sociales positivos como una menor tasa de fecundidad, una mayor educación de los hijos y una mayor y mejor participación en el mercado laboral. Todo esto contribuye a revertir los mecanismos de transmisión intergeneracional de la desigualdad del ingreso.

La Constitución garantiza a los niños diez años de educación básica completos. Sin embargo, existen barreras importantes para lograr este objetivo, especialmente en el área rural del país. Allí la infraestructura escolar ha sido diseñada para atender básicamente la educación primaria; los esfuerzos realizados mediante los programas de gobierno como Redes Amigas son limitados y de baja cobertura. A esto se agregan problemas estructurales en la calidad de la enseñanza.

La educación está desigualmente distribuida en la población. Estas disparidades generan desigualdad debido a que coexisten personas -de una misma o de distinta generación- con niveles y calidades escolares disímiles a las cuales el mercado remunera en forma discriminada. La diferencia en los niveles medios de escolaridad de la población económicamente activa (PEA) se evidencia cuando se la compara por niveles de pobreza.

¹ Funcionario del Sistema Integrado de Indicadores Sociales del Ecuador, SIISE.

En tanto que la escolaridad media de la PEA en el 20% más pobre de los hogares es de alrededor de cinco años, en el 20% más rico es cerca de doce años, es decir 2,2 veces mayor (*Cuadro No. 1*). Consecuentemente, los perceptores de hogares pobres reciben, en promedio, una menor remuneración que aquellos de los hogares más ricos.

Cuadro No. 1

Escolaridad media de la PEA

Quintiles de pobreza según el ingreso per cápita	Escolaridad PEA
20% más pobre	5,2
2do. Quintil	6,4
3er. Quintil	7,5
4to. Quintil	8,8
20% más rico	11,8
Total	8,0

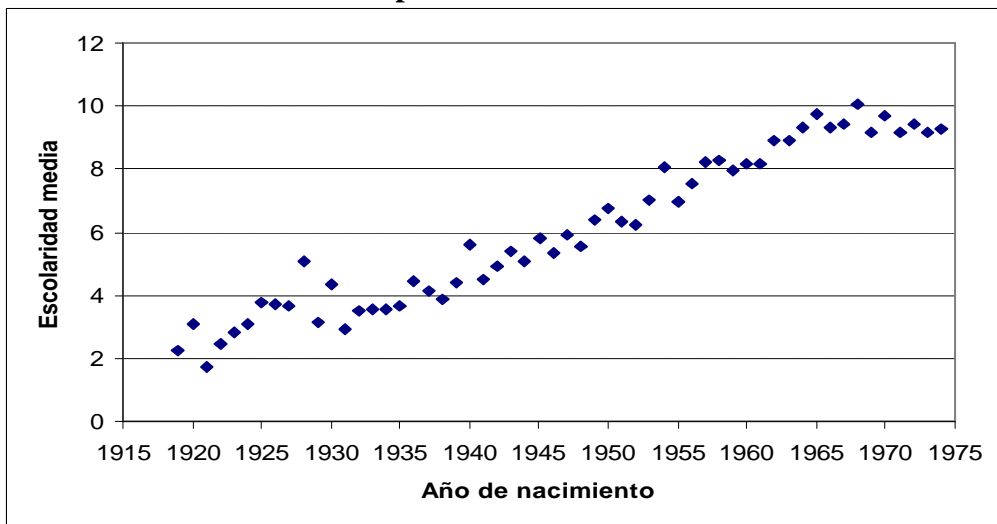
Fuente: SIISE a base de INEC, ECV cuarta ronda (1999).

Otro determinante de la desigualdad en la escolaridad y de su consecuente desigualdad en el ingreso es la coexistencia de generaciones de personas con diferentes niveles de escolaridad, aunque la experiencia laboral los compensa parcialmente. En general, actualmente las generaciones más jóvenes tienen mayores oportunidades de acumular capital humano que las que tuvieron sus antecesoras. El análisis de la escolaridad media de la fuerza laboral según su año de nacimiento muestra claramente una brecha generacional en los niveles de educación alcanzados. Los jóvenes tienen niveles de educación mayores que los viejos.

Del *Gráfico 1* se puede deducir que la escolaridad media de la población económicamente activa aumentó significativamente durante el siglo pasado. De alrededor de 3 años de escolaridad media para las generaciones que estudiaron en las décadas de los 20 y 30, aumentó a aproximadamente 9 años para las generaciones que estudiaron en las décadas de los 70 y 80. A partir de la generación nacida a finales de los 60 se observa un estancamiento en la acumulación de capital humano.

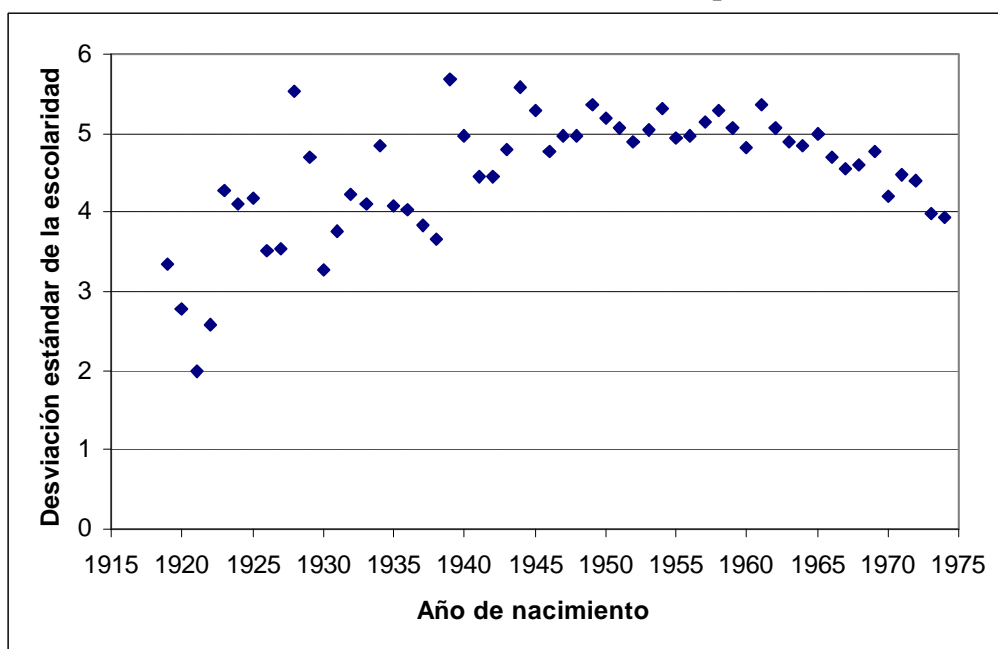
No obstante, el *Gráfico 2* indica que la dispersión de la escolaridad aumentó en las generaciones nacidas entre las décadas de los 20 y 50, y luego disminuyó en las siguientes. Esto significa que en la primera fase detectada unas pocas personas alcanzaban niveles altos de educación y que posteriormente cada vez más personas obtuvieron niveles educativos mayores, lo cual en los últimos años ha disminuido la brecha educacional. A pesar de la reducción en la dispersión de la escolaridad, ésta sigue siendo elevada entre las generaciones jóvenes -cerca de cuatro años para una escolaridad media de nueve años.

Grafico 1
Escolaridad media de la PEA por año de nacimiento



Fuente: SIISE a base de INEC, ECV cuarta ronda (1999)

Grafico 2
Desviación estándar de la escolaridad media de la PEA por año de nacimiento



Fuente: SIISE a base de INEC, ECV cuarta ronda (1999)

La baja educación de los padres es uno de los determinantes de la baja escolaridad de los hijos. Padres con alto nivel de educación suelen tener hijos con mayor escolaridad que aquellos con bajos niveles. En particular, el nivel de educación de la madre juega un papel fundamental. Los niños entre 14 y 15 años de edad cuyas madres no tienen educación alcanzan, en promedio, 4,7 años de escolaridad, mientras que aquellos cuyas madres tienen instrucción superior alcanzan 8,8 años de escolaridad. Similares resultados se observan en niños entre 11 y 12 años y muchachos entre 16 y 17 años (*Cuadro 2*).

Cuadro 2

Escolaridad media de los niños según el nivel de instrucción de la madre

Nivel educación de la madre	Niños de 11 a 12 años	Niños de 14 a 15 años	Niños de 16 a 17 años
Ninguno	3,9	4,7	6,2
Primaria	4,6	6,8	8,1
Secundaria	5,5	8,2	9,6
Superior	5,8	8,8	10,3
Total	4,9	7,0	8,4

Fuente: SIISE a base de INEC, ECV cuarta ronda (1999)

La relación entre educación y fecundidad es otra vía de reproducción de la pobreza y la desigualdad. El mayor tamaño de los hogares más pobres está relacionado con los bajos niveles de educación de sus miembros adultos, especialmente de las madres. Las madres entre 30 y 39 años de edad sin educación tienen en promedio 3,7 hijos menores de 18 años, en tanto que aquellas con instrucción superior tienen 1,9 (*Cuadro 3*). Es decir, las madres menos instruidas tienen, en promedio, casi el doble de hijos que aquellas más instruidas.

Cuadro 3

**Número promedio de hijos menores de 18 años
Madres entre 30 y 39 años**

Nivel educación de la madre	Número promedio de hijos
Ninguna	3,7
Primaria	3,1
Secundaria	2,5
Superior	1,9
Total	2,7

Fuente: SIISE a base de INEC, ECV cuarta ronda (1999)

La exclusión de la educación se produce de distintas maneras y por intermedio de diferentes actores. Las prácticas, costumbres y creencias de las familias pueden inducir a la exclusión de ciertos niños y niñas del sistema escolar. Por ejemplo, la preferencia por los varones o la decisión de enviar a la escuela solo a los hijos percibidos como más inteligentes. La exclusión también la provocan ciertos comportamientos de los profesores. Maestros que maltratan física o psicológicamente a los estudiantes inducen a la deserción escolar. El problema no queda allí, pues métodos de enseñanza y evaluación no acordes con las distintas capacidades de aprendizaje de los niños también pueden inducirla. La ausencia

de maestros motivados, sus bajos salarios y la falta de inversión social en educación son factores relevantes. Prácticas gubernamentales como la postergación en el pago de los salarios de los maestros, que genera malestar y paraliza la actividad educativa, desaniman la asistencia. Si la calidad de la enseñanza es percibida como deficiente por parte de los padres de familia, estos estarán incentivados a retirar a sus hijos de la escuela, pues considerarán que no les traerá ningún beneficio.

Si el sistema educativo, en general, y el público, en particular, no realizan una reforma que mejore la calidad y pertinencia de la enseñanza y que garantice el acceso a ella a toda la población, continuarán siendo un mecanismo de reproducción de la pobreza y la desigualdad, ya sea por acción u omisión. En experiencias de otros países, especialmente en los europeos, el sistema educativo tiende a la igualdad social, al permitir a toda la población similares oportunidades de acceso a una educación de calidad. Ésta es un derecho de la población y un factor primordial del desarrollo humano que los distintos actores sociales deben garantizar. En este sentido, el incremento y la mayor eficiencia de la inversión social en educación no deben ser vistos únicamente como una manera de contar con una población más productiva económicamente, sino como un medio para garantizar un derecho de la gente. Un cambio educativo profundo y sostenido requiere de una política de Estado que trascienda al gobierno de turno. Su construcción puede iniciarse con un compromiso explícito y público, sobre ciertos principios y políticas educativas mínimas, de los aspirantes finalistas a la presidencia de la República.